**NIÑOS SUBDITOS DE LAS IMÁGENES POR EL PODER DE LA MIRADA**

Gabriela Urriolagoitia

Liliana Bosia

Raul Castañeda

Fabiana Chirino

Heidi Gehler

Cecilia Restrepo Gil

La época actual nos convoca como psicoanalistas a ubicarnos como partenaires de la civilización. Se trata de poder leer las coordenadas de la misma por un lado y por otro, de poder dar alguna respuesta al malestar que aqueja a la subjetividad de nuestros tiempos. Si bien no se trata de evocar con nostalgia al orden simbólico decadente, ni de hacer una sociología de los fenómenos actuales; los analistas estamos llamados a tener algo que decir sobre el modo en que estos fenómenos se presentan. Pero por sobre todo, la respuesta que estamos llamados a dar, se pone en juego en el día a día, cada vez que lo singular del parletre nos interpela en nuestra clínica.

Es por esto que empiezo esta conversación trayendo a modo de ejemplo, la viñeta de un caso de mi práctica.

Ignacio es un niño de 9 años que pasa su tiempo libre con distintos videojuegos. La mayoría contienen imágenes que lo aterrorizan, aun así no deja de verlas ni de jugar. Un dato importante a destacar es que el niño es iniciado en los videojuegos por su padre. Él se los compra, le enseña cómo jugar, muchas veces juega con Ignacio y muchas otras el niño juega solo. Uno de los juegos se trata de pequeños muñecos que irrumpen, mirando de frente sorpresivamente en la pantalla a lo largo del recorrido, personajes de los que hay que escapar porque si no matan al jugador. Así el niño que está al otro lado de la pantalla queda preso de la mirada cada vez que uno de estos muñecos irrumpe. En otro de los juegos que le gusta, el jugador debe sortear personajes que lo atacan, escapando y defendiéndose. Cuando es atrapado, lo que toma lugar en la escena es el despedazamiento del cuerpo: aparecen al descubierto, la sangre, los órganos y los miembros del cuerpo mutilados. Esta imagen aterroriza al niño al mismo tiempo que lo fascina. Al jugar empieza a mover sus dedos contra sus mejillas como rascándose, dice que es porque se pone nervioso. Me pregunto sobre la función de estas imágenes en relación a su goce.

**FUNDAMENTOS CONCEPTUALES**

La función de la imagen en la subjetividad está relacionada con la constitución del cuerpo como imagen de sí mismo, en el Estadio del Espejo. Lacan dirá: “Existe en primer lugar un narcisismo en relación a la imagen corporal. Esta imagen es idéntica para el conjunto de los mecanismos del sujeto y confiere su forma a su *Unwelt*, en tanto es hombre y no caballo. Ella hace la unidad del sujeto, la vemos proyectarse de mil maneras, hasta en lo que podemos llamar la fuente imaginaria del simbolismo, que es aquello a través de lo cual el simbolismo se enlaza con el sentimiento que el ser humano tiene de su propio cuerpo.”[[1]](#footnote-1) Esta primera Imago formadora del Yo, tiene la función de brindarle al sujeto una solución respecto al exceso de satisfacción pulsional propio del autoerotismo y a la fragmentación del cuerpo, a partir de la forma perfecta de unidad, que le ofrece. Así, esta imagen captura y enmarca el goce del cuerpo. La constitución de la imagen especular permite una articulación entre lo simbólico y lo imaginario que tiene como resultado la imaginarización del propio cuerpo, del cuerpo del otro, del mundo exterior y del lenguaje. A partir de esta imaginarización, cada una de estas categorías pueden a su vez, significantizarse; es decir elevarse hasta alcanzar un estatuto significante. Por eso Lacan llama a esta imagen “la fuente imaginaria del simbolismo”. Es gracias a esta imaginarización que “el simbolismo se enlaza con el sentimiento que el ser humano tiene de su propio cuerpo” y a su vez el significante irá recortando y otorgando significación al goce que lo habita.

Con la primacía de lo simbólico de los años 50 y específicamente con los desarrollos del Seminario 4, Lacan introduce un cambio en lo imaginario, la condición para la constitución de la imagen es la falta. i(a) como imagen del cuerpo propio y también como la imagen del otro, se inscribe sobre la falta simbólica de la castración, para colmarla. Cambia entonces el estatuto de la imagen, se trata de la presencia en la imagen, de algo que escapa a la percepción: la imagen hace de pantalla a lo que no se puede ver, muestra para esconder.[[2]](#footnote-2) En esta perspectiva la imagen adquiere su función a partir de un operador que es el velo,[[3]](#footnote-3) que opera sobre el fondo de la nada. Para Lacan la nada en este seminario es la falta que introduce la castración. La imagen es el objeto que puede venir a ocupar el lugar de la nada de manera ilusoria, colmándola. Así el velo (que toma el lugar reservado antes, al espejo) puede a través de la imagen cumplir con dos funciones: puede esconder esa falta porque la imagen aparece en su lugar para obturarla. Y también puede, al velarla, hacer existir, crear ex-nihilo, lo que es inexistente: convertir la nada en un objeto, es decir en imagen. Como el punto de partida para la construcción de esta imagen es la falta propia de lo simbólico, se trata de una imagen regulada por la función del Nombre-del-Padre, entonces la consistencia del campo visual depende de la castración. En esta lógica Miller propone que la función de la imagen es contener, detener y encarcelar el goce del sujeto.[[4]](#footnote-4)

En el Seminario 10 Lacan sostiene que el soporte de la imagen como unidad es el rasgo unario, el Uno de la identificación primordial, cuyo correlato es la existencia del Otro porque opera por una extracción significante del campo del Otro: “En cuanto empieza a hablar, el rasgo unario entra en juego. El hecho de poder decir 1 y 1 y 1 más, y 1 más, constituye la identificación primaria. Siempre se tiene que partir de un 1…, es a partir de ahí que se inscribe la posibilidad del reconocimiento en cuanto tal de la unidad llamada i(a). Este i(a) está dado en la experiencia especular, pero tal como les he dicho, está autentificada por el Otro”[[5]](#footnote-5). Por otro lado ubica la falta como condición de la imagen, con la diferencia esta vez, de que esta falta anotada como –φ, está regida por la presencia del objeto *a*, que gobierna de cerca, dice Lacan pero desde otra parte donde debe permanecer inaprensible para el sujeto[[6]](#footnote-6), es decir por fuera del campo visual. Así el objeto *a* es una reserva libidinal que está investida en el propio cuerpo en el autoerotismo, y de la cual la castración deberá efectuar una extracción corporal posteriormente; para que la libido quede por fuera de la imagen especular y del campo perceptivo. En este funcionamiento de la imagen soportada por la castración, el telón de fondo es la relación del sujeto con el Otro: se da una extracción significante del campo del Otro para la identificación primordial al mismo tiempo que opera una extracción corporal del lado del sujeto que Lacan anota con la letra *a*. Entonces podemos afirmar con el Seminario 10 que el fundamento de la imagen es:

S1 i(a)

a

Esta función de corte del objeto *a*, le permite a Lacan pasar del campo visual al campo escópico en el Seminario 11. Esto implica la esquizia del ojo y de la mirada. La mirada entra en función como objeto *a* ubicándose por fuera del ojo. El ojo ve, porque la mirada, preexistente y exterior[[7]](#footnote-7), mira al sujeto y al mirarlo lo captura. Así la imagen se constituye como una pantalla que vela la mirada dándole al sujeto la ilusión de que es él quien mira y quedando además, bien delimitada la diferencia entre el sujeto que percibe y el objeto percibido en el campo de la visión. Este ordenamiento se da porque el objeto *a* mirada es para Lacan el lugar mismo del corte y simboliza la falta que se expresa en la castración[[8]](#footnote-8). Miller explica esto[[9]](#footnote-9) diciendo que la mirada es un vacío, la ranura a través de la cual se ve pero que no se la ve en sí misma porque ella es la condición de la visión.

Por otro lado Lacan nos advierte sobre el poder de lamirada. Este radica en que el sujeto es mirado antes que ver, por lo tanto la fascinación que sufre el sujeto al contemplar una imagen, tiene el efecto de mortificarlo y dejarlo detenido, congelado en esa imagen: “El *fascinum* es la función antivida, antimovimiento, de ese punto terminal, y es precisamente una de las dimensiones en que se ejerce directamente el poder de la mirada”[[10]](#footnote-10) . Esta referencia explica el efecto fascinador de las imágenes de las pantallas en los niños actualmente.

**COORDENADAS DE LA EPOCA ACTUAL:**

En la época del  *Otro que no existe,* las imágenes toman la posta del viejo orden simbólico en un intento de regular el goce de los cuerpos. Esto se debe a que lo simbólico, lejos de ser un orden que atraviesa y perfora lo imaginario porque introduce la función de la falta, actualmente está o dominado por lo imaginario o en continuidad con él[[11]](#footnote-11). Lo simbólico en continuidad con lo imaginario trae como consecuencia en nuestra cultura, una proliferación de imágenes. Si estas imágenes constituyen hoy un imperio, es porque ellas están sostenidas por el poder de la mirada. Sin embargo hay una diferencia entre la función de la mirada articulada a la castración y la mirada que se hace presente en las imágenes del gran mundo omnivoyeur del Siglo XXI. En lugar de que la imagen como pantalla tenga la función de velar y elidir la mirada, ésta como uno más de los objetos *a* de nuestra época, aparece en el cenit de lo social encarnada en el mundo del espectáculo y en la sociedad de vigilancia y control. En estas coordenadas, no solo los sujetos se tornan súbditos de las imagenes, sino también el propio orden simbólico, que se pone al servicio de las mismas, lo simbólico contemporáneo se consagra a la imagen:[[12]](#footnote-12) Las palabras aparecen ahora como una imagen en los anuncios de publicidad, o acompañan a las fotografías o a las imágenes que son las principales protagonistas de un mensaje de texto. Es más, en el lugar reservado antes a la conversación para mediar y hacer posible el encuentro entre los cuerpos, actualmente aparecen las distintas modalidades de comunicación con los chats que en su mayoría apelan a imágenes, iconos y fotografías para efectuarla. Asistimos a un desplazamiento de la palabra de su lugar y función por excelencia en el circuito de la comunicación. Lugar donde ahora se posicionan estas imágenes irruptivas producidas en serie por el mercado global, pero también por los mismos sujetos contemporáneos.

Sabemos entonces que lo simbólico no alcanza más para frenar el goce que habita al serhablante. En este contexto al Psicoanálisis le toca ubicar las consecuencias de este nuevo funcionamiento en la subjetividad del niño hipermoderno. Y para el trabajo que hoy nos convoca, tenemos que esclarecer la función que estas imágenes tienen en relación a su goce.

La inexistencia del Otro ha dejado al niño librado a su propia soledad, por lo tanto al lugar reservado para sus padres, muchas veces también ausentes, sumidos en su propio autoerotismo o en las exigencias del mundo laboral, se advienen muy bien las pantallas de la televisión, de la computadora o del celular. Estas ocupan la labor de acompañarlo, entretenerlo, apaciguarlo e incluso muchas veces, educarlo. Entonces ¿podemos afirmar que estas imágenes tienen una función respecto de su goce?

De partida estas imágenes lejos de atemperar su goce, lo producen, lo exacerban. Por lo tanto si lo hay, se trata de un arreglo con el goce, que no es solidario del Nombre-del-Padre, porque el goce se sitúa ahora a partir del plus-de-gozar y no a partir de la función simbólica del I(A). Sin embargo podemos decir con Miller que estas imágenes, si bien no representan al sujeto como lo hace el S1, tienen la función de coordinarse con su goce[[13]](#footnote-13). Son imágenes que en lugar de estar soportadas por el –φ, contienen el objeto *a*. Así, el niño se fascina con estas imágenes virtuales y planas porque estas hacen presente la mirada en vez de velarla: al mismo tiempo que el niño ve las imágenes, estas lo miran.

Desde esta perspectiva, estas imágenes a las que el niño del Siglo XXI queda expuesto convirtiéndose en su súbdito, le ofrecen un tratamiento para su goce porque realizan una captura del mismo, allí donde lo simbólico se muestra impotente para hacerlo. Pero a la vez, se da un retorno de goce que termina invadiendo al cuerpo entero, porque este tratamiento opera a partir del ojo voraz que queda atrapado por la mirada puesta en escena, generando de este modo, la repetición de una satisfacción sin límites.

Estas imágenes ya no sirven para velar lo real, ya no lo mantienen a raya. Por el contrario son imágenes que irrumpen y al hacerlo, lo real se infiltra quedando el sujeto a merced del mismo. Ignacio da testimonio de ello, cuando cada vez que juega, queda capturado por las imágenes y es invadido por un terror que se traduce en un exceso de goce que se manifiesta en la agitación de su cuerpo. Las imágenes que lo fascinan ponen en primer plano la mirada por un lado y la fragmentación del cuerpo por otro, haciéndose presente a cada momento y como una evidencia descarnada para él, lo real que acecha[[14]](#footnote-14).

En este contexto en el que los niños están conectados a diferentes dispositivos, observados por el gran ojo que mira de la vigilancia y la evaluación o de la seguridad y el control, pero a la vez y más que nunca, son compañeros de su soledad; el psicoanalista se ve llevado a inventar aquello que podría favorecer el arte del buen encuentro, para lo cual encarna un Otro que no es virtual sino que porta su cuerpo, sustrayendo su mirada de la función de controlar, juzgar o evaluar al niño, constituyéndose en un compañero alternativo a su soledad y sobre todo buscando la oportunidad que le permita promover la producción de un texto[[15]](#footnote-15) y el surgimiento de la palabra del sujeto que posibilite un tratamiento distinto a su goce.

1. Lacan J. “Seminario Libro 1”, Pg. 192, Ed. Paidos, Bs As. 1981 [↑](#footnote-ref-1)
2. Miller J.A. “Las cárceles del goce” en Conferencias Porteñas Tomo 2, Pg. 237, Ed. Paidos, Bs As, 2009. [↑](#footnote-ref-2)
3. Miller J.A. “La construcción de la Imagen” en “Psicoanálisis con niños, Clínica Lacaniana” S. Salman Compiladora, Pg. 18, Grama Ediciones, Bs As, 2004 [↑](#footnote-ref-3)
4. Idem 2, Pg. 235 [↑](#footnote-ref-4)
5. Lacan J. “Seminario Libro 10”, Pg. 51, Ed. Paidos, Bs As, 2006. [↑](#footnote-ref-5)
6. Idem, Pg. 55 [↑](#footnote-ref-6)
7. Lacan J. “Seminario Libro 11”, Pg. 80, Ed. Paidos, Bs As, 2013 [↑](#footnote-ref-7)
8. Idem, Pg. 84 [↑](#footnote-ref-8)
9. Idem 2, Pg. 242 [↑](#footnote-ref-9)
10. Idem 5, Pg. 124 [↑](#footnote-ref-10)
11. Miller J.A. y Laurent E. “El Otro que no existe y sus comités de ética”, Pg. 14, Ed. Paidos, Bs As, 2006 [↑](#footnote-ref-11)
12. Idem, Pg. 15 [↑](#footnote-ref-12)
13. Miller J.A. “La Imagen Reina” en Elucidación de Lacan, Pg. 583, Ed. Paidos, Bs As, 1998 [↑](#footnote-ref-13)
14. Tarrab M. “El ojo bulímico y el lobo” Texto publicado en el Boletín Flash N°4, en oimperiodasimagens.com.br [↑](#footnote-ref-14)
15. Tarrab M. En una conferencia preparatoria para el VII ENAPOL tomada de Radio Lacan N°83 [↑](#footnote-ref-15)